

importancia, determinaron Grijalva y sus compañeros dirigirse a la costa al norte de la península, siguiendo el derrotero que antes había llevado Hernández de Córdoba, y pocos días después anclaron en la bahía de **Champton**, donde tuvieron nuevamente algunas contiendas con los indios. En seguida, continuando su viaje sobre la costa, llegaron a la entrada de una gran laguna, a la que llamaron **Boca de Términos**, cuyo último nombre conserva hasta hoy, y más adelante tocaron en la desembocadura del río de Tabasco, que por haber sido descubierto por Grijalva, tomó su nombre. Internándose con dos de los bajeles en este río, entraron los españoles en pláticas amistosas con sus habitantes, por medio de dos indios que había llevado a Cuba Hernández de Córdoba, obteniendo de aquellos algunos obsequios, entre los que figuraban diversas piezas de oro de poco valor. Observando Grijalva la frondosidad del país que iba recorriendo, y el mayor grado de civilización que se notaba entre sus habitantes respecto de los de los demás puntos de América visitados hasta entonces, dió a aquella parte de nuestro territorio el nombre de **Nueva España**, que más tarde se hizo extensivo a toda la vasta comprensión del virreinato de México.

Prosiguiendo Grijalva el reconocimiento de la costa, tocó en la desembocadura del río Huatzacoalco, y más adelante vieron los españoles por primera vez el gran pico nevado de Orizaba y la sierra de San Martín, a la que dieron este nombre por ser el apellido del soldado que primero la descubrió. En seguida, tocaron en el río **Papaloapan**, al cual, por haber entrado en él Pedro de Alvarado con su buque, le pusieron su nombre que conserva hasta hoy, y más adelante encontraron otro río que llamaron de **Banderas**, porque vieron en él muchos indios que les hacían señas para que bajasen a tierra, con unas mantas blancas puestas en las puntas de unas lanzas en forma de banderas.

Habiendo desembarcado en aquel punto y entrado en relaciones con los naturales, consiguieron de éstos, en cambio de algunas cuentas de vidrio y otras baratijas europeas, diversas piezas de

oro que, según Bernal Díaz del Castillo, valdrían sobre catorce mil pesos. En vista de estas muestras de riqueza, tomó Grijalva posesión de aquella tierra con las fórmulas que eran entonces de estilo, a nombre del monarca español, continuando en seguida el reconocimiento de la costa hacia el norte. Antes de separarse del río de **Banderas**, tomó consigo uno de los naturales de aquella comarca, con el objeto de instruirle algo en el idioma castellano, para que le sirviese de intérprete con los otros pueblos de indios que más adelante tuviese que visitar.

Después de permanecer seis días en aquel punto, diéronse de nuevo a la vela los españoles, siguiendo siempre su rumbo propuesto, y no tardaron en descubrir dos de los islotes que se encuentran cerca de la playa llamada por los naturales **Chalchiucuecan**, donde existe hoy la ciudad de Veracruz. A uno de estos islotes, por la blancura de sus arenas, dieron el nombre de **isla Blanca**, y al otro por ser un lugar destinado por los indios para los bárbaros sacrificios humanos que hacían a sus ídolos, el de **isla de Sacrificios**, nombre que conserva hasta el día. Deseosos los españoles de reconocer aquellos sitios, desembarcaron en la playa que está frente a esta última isla; más viendo Grijalva más adelante una isleta, que, por su mayor proximidad a la tierra, creyó que le proporcionaría un fondeadero más seguro para sus naves, dispuso pasar a ella. Sobre esta isleta es donde existe hoy la fortaleza de San Juan de Ulúa, nombre que dió a aquel punto Juan de Grijalva, por haberlo descubierto el día de San Juan, y por las palabras **Colúa** o **Ulúa** que los indios que encontró allí le decían en contestación a algunas preguntas que les dirigió por medio del que había tomado en el río de **Banderas**, para averiguar la causa por qué sacrificaban a sus semejantes.

Como el único objeto de esta expedición era reconocer la extensión e importancia de aquellos países cuyo descubrimiento había comenzado Hernández de Córdoba, y obtener desde luego la mayor suma posible de oro, dando a los naturales en cambio de este metal diversas baratijas que al efecto traían en ella.



dedicáronse allí los españoles a este género de tráfico con los indios que se les presentaron. Pronto consiguieron de éstos una cantidad que, aunque no muy importante en sí misma, agregada a la que ya habían adquirido en el río de Banderas, daba a conocer bien claramente que no era muy escaso entre ellos el codiciado metal. Parece que esta consideración, hizo nacer en el ánimo de Grijalva la idea de fundar una población en aquel punto; pero por una parte el no tener instrucciones para ello de Diego Velázquez, y por otra el corto número de hombres con que contaba, le hicieron abandonar tal proyecto. En consecuencia, pocos días después de su llegada a San Juan de Ulúa, dispuso que Pedro de Alvarado volviese con uno de los bajeles a la isla de Cuba, para imponer a Velázquez de todo lo que había descubierto hasta entonces, llevándole a la vez el oro rescatado, mientras que él continuaba el reconocimiento de la costa, navegando siempre hacia el norte.

En efecto, luego que partió Pedro de Alvarado, se dió a la vela Grijalva con los tres buques restantes, llegando hasta la desembocadura del Pánuco, donde tuvo una contienda con algunos indios que se presentaron en varias canoas a atacarlo. Desde aquel punto, Grijalva, de acuerdo con el piloto Antón de Alaminos, y en atención a que uno de los buques hacia mucha agua y comenzaban a escasear las provisiones, determinó no pasar adelante sino regresar a la isla de Cuba. Siguiendo para esto el mismo derrotero que había traído sobre la costa, tocó en el río Tonalá, inmediato al de Huatzacoalco, donde se detuvo pocos días rescatando algunos metales de los indios que se le presentaron, y en seguida se dirigió al puerto de su partida. Entre tanto, la carta que Grijalva dirigió con Pedro de Alvarado a Diego Velázquez, con la noticia de todo lo que había descubierto en aquella expedición, dió ya a conocer a éste, la grande importancia de estos países. Después del primer reconocimiento hecho por Hernández de Córdoba en una parte de la costa de Yucatán, pudo muy bien creer todavía que aquella no fuese más que una



isla tal vez insignificante; pero la relación que ahora le hacía Grijalva de los diversos puntos que había visitado, siguiendo siempre a la vista de unas playas no interrumpidas, no le dejaron ya la menor duda de ser esta una parte del gran continente, de cuyas riquezas no le permitía tampoco dudar la cantidad de oro que aquel había logrado adquirir de sus habitantes en tan corto tiempo.

Con tal convencimiento, formó desde luego el gobernador de la isla de Cuba el proyecto de enviar una nueva expedición mucho más considerable que la anterior, a las órdenes de un jefe de su confianza y con todos los recursos necesarios, para establecer amistosas relaciones con los indios, y sacar de ellos todas las grandes ventajas que debía prometerse, visto el buen éxito que aquella había alcanzado. Sin embargo, como no tardó en circular la noticia de los nuevos descubrimientos y de las riquezas que en ellos se encontraban, con las exageradas relaciones de los que acompañaron en su viaje a Grijalva, juzgó conveniente Diego Velázquez obtener de sus soberanos las seguridades necesarias para disfrutar tranquilamente los provechos de una empresa principiada bajo su dirección, antes que se anticipase alguno a solicitar de la corte permisos que perjudicasen sus derechos. Con este intento envió a Juan Salcedo a la isla Española para que alcanzase de los monjes jerónimos la licencia necesaria para llevar adelante sus proyectos, y además envió a España a su capellán Benito Martín con el objeto de que recabase de la corte los títulos suficientes para continuar la comenzada empresa, celebrando en su nombre los convenios que fuesen necesarios para asegurar los intereses de la corona en los países nuevamente descubiertos. ¡Muy lejos debió estar entonces de la mente de Velázquez el triste pensamiento de que a pesar de todas aquellas precauciones, habían de ser burladas más adelante todas sus esperanzas por el mismo jefe de la expedición que preparaba, quien a su vez había de recibir de su soberano los más crueles desengaños en premio de sus importantes servicios!



Por lo demás, siendo la petición de Diego Velázquez tan conforme con los deseos de la corte, no tardó su enviado en obtener de ella lo que solicitaba. Reducida entonces la política del gobierno español, respecto del **Nuevo Mundo**, a estimular la codicia de los que se lanzaban a su propia costa en la peligrosa senda de los descubrimientos, no vacilaba en otorgarles las más amplias y generosas concesiones, aunque reservándose el derecho de faltar después a todo lo pactado y aprovecharse de sus trabajos. Así es que, sin gran dificultad alcanzó Benito Martín para Velázquez todo cuanto éste solicitaba, recabando una real cédula firmada en Barcelona el día 13 de noviembre de 1518, por la cual, además de permitírsele que emprendiera descubrimientos de cualquiera isla o tierra firme, con tal que éstas no se encontrasen dentro de la línea convenida con el rey de Portugal, se le facultaba para proceder a la conquista de tales tierras, aunque sujetándose para ésto último a las instrucciones que su soberano le comunicase para el buen tratamiento, pacificación y conversión de los indios. Diósele también por la misma cédula el nombramiento de Adelantado durante su vida de todas las tierras que había descubierto y que en lo sucesivo descubriese; título que correspondía entonces a los gobernadores de las provincias fronterizas de la Península, aunque según el virtuoso Fr. Bartolomé de las Casas, podían llamarse propiamente Adelantados en las Indias, porque se adelantaban a hacer grandes perjuicios a sus pacíficos habitantes. Cediósele además para sí y para un heredero la quinta parte de los provechos que tocasen a la corona de las tierras que descubriese, agregándose a esta concesión la de ser exceptuados del pago de derechos todos los efectos que introdujera en las mismas tierras, y la propiedad sobre la escobilla de todo el oro en ellas se fundiese. Por último, en aquel documento se obligaba el rey a proveer de médicos, boticarios y medicinas a los países que en virtud de este permiso fuesen descubiertos, y a solicitar del Sumo Pontífice la absolu-



ción de culpa y pena para todos los que perecieran en la empresa.

Mientras que el agente de Diego Velázquez conseguía en la corte tales privilegios, ocupábase éste en los aprestos necesarios para llevar al cabo sin demora la expedición que había proyectado. Una de las dificultades que desde luego tuvo que resolver, fué la elección del jefe a quien debía confiar el mando de aquella; elección en que vaciló por algún tiempo Velázquez, y con sobrada razón, porque de ella dependía el buen o mal éxito de todos sus planes. Algunos de los que acompañaron a Grijalva en el viaje anterior, y que se disponían a venir en el que nuevamente se aprestaba, deseaban volver a las órdenes de aquel jefe; más no estando Velázquez de acuerdo en ésto, fué preciso fijar la vista en otro que se le inspirase confianza y que reuniese además todos los requisitos indispensables para el buen desempeño de la autoridad que debía depositar en sus manos. Con este objeto, fueron propuestos al gobernador de Cuba un tal Vasco Porcallo, pariente inmediato del conde de Feria, y otros tres individuos, parientes del mismo Velázquez; más no decidiéndose éste por ninguno de ellos, su elección se fijó al fin en D. Fernando Cortés, un hidalgo natural de Medellín en Extremadura, que había acompañado a Velázquez cuando éste pasó por primera vez a la isla de Cuba en 1511, y que a la sazón tenían una encomienda en dicha isla, donde se hallaba establecido. Influyeron en esta elección Andrés de Duero, secretario de Velázquez, y Amador de Lares, contador del rey en la isla, quienes, según Bernal Díaz del Castillo, convinieron secretamente con Cortés en obtener su nombramiento, bajo la condición de que dividiría con ellos por terceras partes las utilidades que lograsen para sí en la expedición.

Sea de ésto lo que fuere, el hecho es que D. Fernando Cortés, una vez nombrado jefe de la armada que se preparaba, contribuyó eficazmente con sus propios recursos y los de sus amigos para reunir el armamento y demás útiles que faltaban para poner



la en estado de darse a la vela, y no menos con sus relaciones para el alistamiento de la gente que debía marchar en ella. Con este último objeto, fijó su bandera en Santiago de Cuba, convocando por pregones a todos los que quisieran acompañarlo en su expedición, y ofreciéndoles en nombre del rey una parte del oro, plata o joyas que se rescatasen en los nuevos países, así como **encomiendas y repartimientos** de indios en los lugares que consiguiera pacificar, por cuyo medio no tardó en reunir cosa de trescientos hombres dispuestos a seguirlo en su empresa.

En tanto que Cortés procuraba de esta manera alistar todo lo necesario para acelerar la marcha de la escuadra, y estando ya extendidas con anterioridad las instrucciones que quiso darle Diego Velázquez, explicándole los objetos a que debía limitarse su expedición, algunos de los parientes de éste, bien sea movidos por el disgusto que les causaba el no haber sido electos para el mando de aquella, o bien porque llegasen a entender que su preferido rival alimentaba miras siniestras contra su pariente, no perdonaron medio para infundir a éste sospechas acerca de la lealtad de Cortés, hasta el extremo de pagar a algunas personas para que le dijese en público palabras capaces de destruir la grande confianza que en aquél había depositado.

Aunque esto parecía algo difícil de lograrse, apoyado como lo estaba Cortés por el secretario del mismo Velázquez, consiguieron al fin sus enemigos hacer vacilar el ánimo del gobernador hasta inclinarlo a destituir a aquél del mando de la armada, cosa que sin duda hubiera tenido efecto, si Cortés, advertido oportunamente por Duero de lo que pasaba, y convencido por otra parte de la importancia de tomar en aquellos momentos una pronta y atrevida resolución, sin detenerse en contestaciones que no harían más que comprometerlo, no hubiese dispuesto que en la misma noche (18 de noviembre de 1518) se embarcase toda su gente a bordo de los diez bajeles que estaban listos en el puerto, para darse a la vela al amanecer del día siguiente con dirección

al de la Trinidad, como lo verificó, sin despedirse de Diego Velázquez, sino cuando ya no fué posible a éste impedir su partida.

Este modo violento con que Cortés se separó de Velázquez, ha dado motivo a muchos escritores para asegurar que alimentaba aquél desde entonces el proyecto de sustraerse de la autoridad de éste, sublevándose con la fuerza que puso a sus órdenes; y aunque la conducta observada posteriormente por Cortés presta bastante fundamento a aquella suposición, puede también creerse que sin ser este primer acto de desobediencia el resultado de un plan de antemano premeditado, fuese sí el origen de los que en el mismo sentido tuvo que cometer en seguida, porque es bien sabido que el que incurre en una falta, se ve luego impulsado a cometer otras muchas. Es de creerse también, por otra parte, que D. Fernando Cortés, con todo el valor y la capacidad que dió a conocer después en los hechos que han ilustrado para siempre su nombre, debió ver desde luego en la armada que se le había confiado un medio seguro para formarse un brillante porvenir, y no es nada extraño, por consiguiente, que cuando supo que se trataba de arrebatarle de las manos aquel elemento que servía ya de fundamento a sus ensueños de fortuna y de gloria, se resolviese a atropellar todo género de consideraciones antes de abandonar una oportunidad que tal vez no volvería a presentársele jamás.

Como el objeto de Cortés al tocar en el puerto de la Trinidad, era recoger varias provisiones y parte de la gente que debía reunírsele en aquel punto, tuvo necesidad de demorarse allí algunos días, durante los cuales llegaron dos enviados del gobernador Diego Velázquez, con órdenes a la autoridad de la misma villa para detener la armada, arrestando a Cortés y enviándolo preso a Santiago de Cuba; mas, sea porque aquella autoridad no tuviese fuerzas bastantes para cumplir tales órdenes, o por otro motivo, lo cierto es que éstas no fueron ejecutadas, y que Cortés permaneció en aquél puerto todo el tiempo necesario para su objeto, habiendo logrado aumentar allí su escuadra con un buque que compró, y en seguida se dirigió a la Habana, cuyo puerto se ha-

llaba entonces en la costa al sur de la isla de Cuba, inmediato a la de Pinos. A este puerto llegaron también órdenes de Diego Velázquez para detener a Cortés y su armada; pero el resultado de ellas no fué aquí más feliz que en la Trinidad, quedando igualmente desobedecidas. Permaneció Cortés algún tiempo en este puerto para reunir alguna más gente y provisiones bastantes para el viaje; y tan luego como consiguió su objeto, determinó su partida, dándose por fin a la vela el día 10 de febrero de 1519, con toda su escuadra, compuesta de once buques, siguiendo el mismo rumbo que antes había tomado Grijalva.

Visto ya el modo con que fué dispuesta aquella armada, destinada a ejecutar la conquista romancesca de la Nueva España, y las circunstancias ocurridas respecto de ella hasta el momento de su salida de la isla de Cuba, debo dar fin a este capítulo, dejando para otro lugar la explicación de los elementos de guerra de que se componía, según la revista que de ella pasó Cortés en la isla de Cozumel, así como la de su arribo a las playas veracruzanas.



## Capítulo II.

Situación geográfica de la actual ciudad de Veracruz. - Diversos lugares en que estuvo esta colocada, desde su primera fundación, hasta que se estableció donde se halla hoy. - Origen de su nombre. - Algunas noticias de la Antigua Veracruz. - Descripción del puerto de Veracruz y de los fondeaderos de Anton Lizardo, la isla Verde y la de Sacrificios. - Inconvenientes que presenta el puerto para el comercio. - Observaciones acerca de las tempestades que frecuentemente se sienten en la costa de Veracruz, y sobre el escaso fondo de agua que se encuentra en ella. - Movimiento de la marea y de las corrientes. - Observaciones sobre el origen de la enfermedad conocida con el nombre de vómito. - Temperatura de Veracruz. - Distancia a que se halla esta ciudad de la capital de la República.

**I**NTERRUMPIENDO momentáneamente el orden cronológico que debe observarse en toda narración histórica, por convenir así al plan que me propongo seguir en estos apuntes, dejaré para más adelante el referir los hechos que tuvieron lugar en las playas de Veracruz, desde el desembarco de D. Fernando Cortés, y que son la continuación de los que quedan ya apuntados en el capítulo anterior, con el objeto de dar en este y el siguiente algunas noticias acerca de la fundación de la ciudad y de la fortaleza de San Juan de Ulúa, así como de las circunstancias de la costa en que aquella está situada y de sus